

EL CAMINO DE LA

MAGIA

ANTOLOGÍA DE JOHN JOSEPH ADAMS

GEORGE R. R. MARTIN • NEIL GAIMAN

ORSON SCOTT CARD • URSULA K. LE GUIN

SUSANNA CLARKE • MARION ZIMMER BRADLEY

ROBERT SILVERBERG • MIKE RESNICK

LEV GROSSMAN



El editor John Joseph Adams presenta una nueva antología con la magia como protagonista.

Poder. Todos lo ansiamos y ellos lo tienen. Brujas, hechiceros, magos, nigromantes, aquellos capaces de ver más allá del velo de la realidad cotidiana y de influir en los mecanismos que mueven el universo. Ellos pueden ver el futuro en una esfera de cristal, convocar seres fantásticos y transformar el plomo en oro... o a un incauto en una rana. De Gandalf a Harry Potter, la magia nunca ha sido tan excitante y popular como ahora.

El aclamado editor John Joseph Adams nos trae treinta y dos de los más fascinantes relatos jamás escritos, por algunos de los talentos más mágicos del momento, entre los que se incluyen Neil Gaiman, Simon R. Green o George R. R. Martin.

INTRODUCCIÓN

John Joseph Adams

En 2004 *Fortes Magazine* declaró multimillonaria a J. K. Rowling, autora de la serie de novelas protagonizadas por Harry Potter, ambientadas en un mundo poblado por magos. Ese mismo año se estrenó la película *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*, cuyos ingresos en taquilla ascendieron a los 795,6 millones de dólares en todo el mundo, además de los millones ingresados gracias a los productos derivados. Cuesta explicar la atracción que ejerce el mago en el cine y la literatura, pero cuando lo reducimos al lenguaje simple de los dólares y los centavos, salta a la vista que en el reino de la imaginación el mago es amo y señor.

Las historias sobre la magia han encandilado al lector y al espectador desde los albores del lenguaje. Los mitos están salpicados de encantadores y chamanes. En los cuentos clásicos de los hermanos Grimm abundan las brujas, las hechiceras y los magos. La *Odisea*, el poema épico de Homero, cuenta con una de las primeras muestras de toda la literatura: la retorcida hechicera Circe. Incluso Shakespeare incluyó magos en sus obras, desde las Hermanas Fatídicas de *Macbeth*, a Próspero en *La tempestad*.

Pero la literatura que tiene al mago como protagonista ha experimentado una fuerte explosión desde la segunda guerra mundial. En una época en que la tecnología ha dado a la humanidad la capacidad de volar, de comunicarse instantáneamente con personas situadas en el extremo opuesto del planeta, de viajar a la Luna, incluso de des-

componer el mismísimo átomo, los magos se han vuelto si cabe más populares, a pesar de las maravillas y la magia que nos ofrece la tecnología moderna. Además, los magos han pasado de ser personajes secundarios a cobrar mayor protagonismo, y en ocasiones, allí donde el mago no fue más que un secundario de lujo, o tal vez un villano, ahora es el personaje principal. Merlín ha acabado por destronar a Arturo.

J. R. R. Tolkien merece buena parte del mérito de popularizar la literatura fantástica. *El Señor de los Anillos* sacudió los cimientos de la fantasía, y sus influencias son evidentes al cabo de cincuenta años de publicarse por primera vez. Las criaturas y arquetipos descritos por Tolkien se han convertido en territorio conocido por toda clase de entusiastas del género.

Gandalf, con su larga barba blanca y su sabiduría propia de otro mundo, es la imagen que nos viene a la mente cuando pensamos en el mago, pero no es la única clase de mago que existe. En las últimas cinco décadas hemos concebido una innumerable variedad de magos y personajes relacionados con el uso de la magia, y también ésta ha recorrido un largo camino. La cosa ya no sólo se limita al anciano de la vara o a la bruja junto al caldero burbujeante. Ahora también hay magos que ejercen la magia gracias a su propia fuerza de voluntad o que la crean a partir de lenguas mágicas. Las brujas recurren a la fuerza electromagnética para extraer energía mágica de las líneas de fuerza que se extienden entre determinados accidentes geográficos, a pesar de que no han dejado de sacrificar alguna que otra cabra al demonio de turno.

A medida que los escritores se inspiran en un amplio espectro de recursos folclóricos, sus brujas y magos adoptan diversas tonalidades étnicas. Esta antología muestra chamanes que trabajan en su tradición aborígen; magos que elaboran hechizos partiendo de textos de las Sagradas Escrituras, e incluso nigromantes que recurren a la antigua sa-

biduría de los egipcios para alcanzar sus nefandos propósitos. Si el punto de partida típico de la aventura fantástica es la taberna rústica, da la impresión de que estos relatos extraordinarios arrancan en el mercado de especias de un bazar exótico, lo que dice mucho acerca de su calidad, ya que la magia adopta muchos sabores y aromas, demasiados para circunscribirla a la tradición occidental europea.

Los escritores acuñan nuevas influencias en su trato de la magia y los personajes que hacen uso de ella, pero la importancia del mago en la literatura no ha cambiado un ápice. Los magos, que poseen por lo general una inteligencia fuera de lo común, tienen muchos más conocimientos que los demás personajes de los relatos; su sabiduría puede cimentarse en el mal, y también puede hacerlo en el bien. El mago puede dar consejos valiosos, o hacer que el protagonista emprenda un viaje duro, lleno de privaciones. Escoja lo que escoja, las acciones del mago cambian la vida del héroe para siempre.

Hoy en día, como he mencionado antes, sucede a menudo que el mago interpreta el papel del héroe. Quizá esto se deba a que hubo un tiempo en que el mago representaba todas las cosas que no entendíamos acerca del mundo, y que ahora representa el peso de nuestro conocimiento. Cualquiera puede ser mago en una época en que la tecnología ha proporcionado a cualquier hijo de vecino la clase de habilidades propias de los cuentos de hadas de hace doscientos años. Todo el mundo es extraordinariamente poderoso.

Pero el poder conlleva un peso, una obligación. Debe usarse cuidadosamente. Leemos sobre magos porque las elecciones que llevan a cabo son las nuestras magnificadas. En muchos relatos, el error del mago causa su propia muerte, o incluso la destrucción de un mundo entero. Nuestras propias elecciones también pueden conllevar peligros. El automóvil nos permite cubrir grandes distancias, pero un movimiento equivocado puede acabar en un accidente

mortal. Una prueba de rayos X nos diagnostica la fractura de un hueso, pero si nos exponemos demasiado a la radiación podemos acabar sufriendo un cáncer. Una red defensiva de armamento nuclear basta para detener una amenaza, pero una sola de estas armas podría abocarnos a la guerra mundial y el invierno nuclear.

Después de siglos de soñar y anhelar la magia, por fin la tenemos, o al menos una sombra de lo que es. Nos gustan los magos porque, por grande que sea el poder que alcancemos, siempre podremos soñar con tener más.

Leer sobre magia equivale a despertar un sueño antiguo que anida en la mente humana. El sueño de la aventura y la curiosidad, del milagro. Y en una época en que resulta fácil encorsetar el mundo en cifras y hechos fríos, en que los economistas reducen cualquier creación y recurso natural a una suma concreta, resulta vital que tengamos un lugar adonde acudir para renovar nuestros sueños.

Así que leed estos relatos, y hallad en ellos una senda mágica que podáis recorrer y un sueño maravilloso digno de ser soñado. Lo que descubráis, por mucho que digan los economistas, no tendrá precio.

EN LAS TIERRAS PERDIDAS

George R. R. Martin

George R. R. Martin es el autor de la serie de novelas de fantasía *Canción de hielo y fuego*, que ha pasado a la pequeña pantalla de la mano de HBO. Martin también ha escrito otras novelas, entre ellas *El sueño del Fevre*, *The Armageddon Rag*, *Muerte de la luz* y *Hunter's Run* (junto a Daniel Abraham y Gardner Dozois). Es un prolífico escritor de narrativa breve, lo que le ha supuesto numerosas nominaciones y la obtención de los principales galardones de este campo, incluidos los premios Hugo, Nébula, Stoker y World Fantasy. La mayoría de estos relatos están recogidos en la inmensa recopilación titulada *Dreamsongs*, dividida en dos volúmenes.

Uno de los deseos más antiguos del ser humano consiste en librarnos de nuestro torpe cuerpo y correr en libertad en compañía de los animales, o alzar el vuelo con las aves. Abundan las leyendas que tienen por protagonista a personas capaces de transformarse en animal, como los hombres lobo, o de animales que pueden transformarse en seres humanos, como el *hulijing* (espíritu zorro) de la mitología asiática. Con frecuencia, tales transformaciones guardan relación con la piel de los animales, como los relatos navajos de los «caminantes de pieles». Hay innumerables historias acerca de hadas o doncellas cisne. A menudo, en los cuentos de hadas, estas criaturas se libran de sus pieles de animal para adoptar forma humana; un joven les roba la piel, atrapando a la criatura en un cuerpo que no es del todo su-

yo, para después obligarla a casarse con él. Rara vez tienen estos cuentos un final feliz. Parece que los humanos estamos hechos para ser humanos, y los animales para ser animales, y nada bueno resulta de intentar desafiar el orden natural de las cosas.

Nuestro siguiente relato es uno de los cuentos más oscuros de esta última categoría. Claro que queremos correr libres en compañía de los animales, pero esta historia nos recuerda que es cierto lo que reza este antiguo consejo: ten cuidado con lo que deseas.

Puedes comprar cualquier cosa que desees a Gray Alys.

Pero es mejor no hacerlo.

Lady Melange no acudió en persona a Gray Alys. Decían de ella que era una joven lista y cauta, a la vez que excepcionalmente bella, y sabía lo que se contaba de Gray Alys. Se decía también que quienes trataban con Gray Alys lo hacían por su cuenta y riesgo. Gray Alys no rechazaba a nadie que acudiera a ella, y siempre obtenía para sus clientes cualquier cosa que le pidieran. Pero una vez concluido el asunto, quienes cerraban un trato con Gray Alys nunca quedaban contentos con las cosas que les había proporcionado, las cosas que ellos le habían pedido. Lady Melange era consciente de todo esto, pues gobernaba desde la elevada torre del homenaje que se alzaba en la ladera de la montaña. Tal vez por ese motivo no acudió personalmente a Gray Alys.

Fue Jerais quien se presentó ese día ante Gray Alys. Azul Jerais, campeón de la dama, era el paladín más destacado en la guardia de la torre del homenaje, y ejercía en calidad de comandante de sus huestes cuando había batalla. Era el capitán de su guardia de color. Jerais llevaba sobrevesta azul celeste claro bajo la esmaltada armadura de placas azul celeste oscuro. El blasón del escudo representaba un vórtice hecho en un centenar de sutiles tonalidades azules, y un zafiro grande como el ojo de un águila adornaba el puño de su espada. Cuando se presentó ante Gray Alys y se quitó el yelmo, sus ojos hacían juego con la joya del arma, a pesar de que su pelo tenía un tono rojo tan sorprendente como inapropiado.

Gray Alys le recibió en una casa de piedra modesta y muy antigua que tenía en el oscuro corazón de la ciudad que se extendía en la falda de la montaña. Le esperaba en una estancia sin ventanas llena de polvo y con olor a humedad, sentada en una silla de respaldo alto que parecía empequeñecer su cuerpo menudo y delgado. Sobre el regazo descansaba una rata gris del tamaño de un perrillo, a la que acariciaba con languidez cuando Jerais entró y se quitó el yelmo y dejó que sus ojos azules, relucientes, se ajustaran a la escasa luz que reinaba.

—¿Sí? —preguntó finalmente Gray Alys.

—Eres aquélla a quien llaman Gray Alys —dijo Jerais.

—En efecto.

—Soy Jerais. Vengo en nombre de lady Melange.

—La sabia y hermosa lady Melange —dijo Gray Alys. El pelaje de la rata era suave como terciopelo al tacto de sus largos y pálidos dedos—, ¿por qué mi señora envía a su campeón a visitar a alguien tan humilde y sencilla como yo?

—Incluso en la torre circulan historias sobre ti —dijo Jerais.

—Sí.

—Se dice que, por un justo precio, vendes cosas extrañas y portentosas.

—¿Desea mi señora Melange comprar?

—Se dice también que tienes poderes, Gray Alys. Cuentan que no siempre eres tal como te veo ahora, una mujer delgada de edad indefinida, toda vestida de gris. Se dice que adoptas la lozanía o vejez que deseas. Cuentan que a veces eres un hombre, o una anciana, o un niño. Dicen que conoces el secreto de cómo cambiar de forma, que vagabundeas bajo la apariencia de un gran felino, o un oso, un ave, y que puedes mudar de piel a voluntad, no siendo esclava de la luna como el pueblo de los lobos-hombre que moran en las tierras perdidas.

—Todas esas cosas cuentan —afirmó Gray Alys.

Jerais sacó del cinto una bolsita de cuero y se acercó al lugar donde estaba sentada Gray Alys. Aflojó la tira que mantenía cerrada la bolsa y volcó el contenido de la misma en la mesa que había junto a su anfitriona. Gemas. Una docena, todas ellas de distinto color. Gray Alys tomó una, que inspeccionó al contraluz de la vela. Cuando la devolvió junto al resto, inclinó la cabeza levemente ante Jerais y dijo:

—¿Qué desea comprarme mi señora?

—Tu secreto —dijo Jerais, sonriendo—. Lady Melange desea cambiar de forma.

—Dicen que es bella y joven —replicó Gray Alys—. Incluso aquí, lejos de la torre, nos llegan muchos relatos sobre ella. No tiene pareja, sino muchos amantes. Se dice que toda su guardia de color la ama, entre ellos vos mismo. ¿Por qué querría cambiar de forma?

—No me has entendido. Lady Melange no busca la juventud o la belleza. Ningún cambio la haría más hermosa de lo que ya es. Quiere de ti el poder de convertirse en bestia. En lobo.

—¿Por qué? —quiso saber Gray Alys.

—Eso no te incumbe. ¿Le venderás este don tuyo?

—Nunca rechazo una venta —aseguró Gray Alys—. Dejad aquí las joyas. Regresad dentro de un mes y os daré lo que lady Melange desea.

Jerais asintió, pensativo a juzgar por la expresión de su rostro.

—¿Nunca rechazas una venta?

—Ni una.

El paladín esbozó una sonrisa torcida, llevó la mano al cinto y extendió hacia ella su mano. En el terciopelo azul claro de la palma cubierta con un guante descansaba otra gema, un zafiro mayor incluso que el engarzado en el puño de su espada.

—Acepta esto en pago, si lo tienes a bien, puesto que voy a pedirte algo para mí.

Gray Alys tomó el zafiro en su mano, lo sostuvo al contraluz entre índice y pulgar, asintió y lo dejó junto al resto de las joyas.

—¿Y vos qué es lo que queréis, Jerais?

La sonrisa del paladín se hizo más acusada.

—Quiero que fracaséis —dijo—. No quiero que lady Melange obtenga el poder que busca.

Gray Alys le miró fijamente, clavando en sus ojos fríos, azules, su propia mirada gris.

—Lucís el color equivocado, Jerais —dijo, al cabo—. El azul es el color de la lealtad, a pesar de lo cual traicionáis a vuestra dama y la misión que ella os ha encomendado.

—Soy leal —protestó Jerais—. Sé qué le conviene, mejor que ella misma. Melange es joven e insensata. Piensa que puede mantener en secreto que ha encontrado el poder que ansía. Pero se equivoca. Y cuando la gente se entere la destruirán. No podrá gobernarlos de día y desgarrarles la garganta de noche.

Gray Alys meditó en silencio las palabras del paladín, acariciando la enorme rata que descansaba sobre su regazo.

—Mentís, Jerais —dijo cuando volvió a hablar—. Las razones que me dais no tienen nada que ver con vuestras verdaderas motivaciones.

Jerais arrugó el entrecejo. Apoyó la mano cubierta con el guantelete en el puño de la espada, pero fue un gesto casual, como si no fuera intencionado. Acarició con el pulgar el imponente zafiro engarzado en el arma.

—No discutiré contigo —dijo, enfurruñado—. Si no aceptas tratar conmigo, ¡devuélveme la joya y condenada seas!

—Nunca rechazo una venta —le recordó Gray Alys.

Jerais arrugó el entrecejo, confundido.

—¿Tendré entonces lo que he pedido?

—Tendréis lo que habéis pedido.

—Excelente —dijo Jerais, que sonrió de nuevo—. ¡En un mes, pues!

—En un mes —confirmó Gray Alys.

Y así las cosas, Gray Alys hizo correr la voz como sólo Gray Alys sabía hacerlo. El mensaje pasó de boca en boca en las sombras que reinaban en los callejones que discurrían sobre las secretas alcantarillas de la ciudad, e incluso en las casas altas de rojiza madera adornadas con vidrieras donde moraban los nobles y los acaudalados. Las ratas de pelaje gris claro con diminutas manos humanas lo susurraron a los niños mientras dormían, y los niños las compartieron unos con otros, y entonaron una nueva canción cuando saltaban a la comba. La voz alcanzó todas las avanzadillas del ejército que se extendían a oriente, y cabalgó hacia poniente entre el cargamento que transportaban las caravanas al corazón del viejo imperio del que no era sino una pequeña parte la ciudad que se extendía en la falda de la montaña. Imponentes aves con el rostro astuto de un mono sobrevolaron el mundo en dirección sur, pasando por los bosques y los ríos, hasta llegar a una docena de reinos, donde hombres y mujeres tan cenicientas y terribles como la propia Gray Alys la atendieron en la soledad de sus torres. Viajó la voz incluso al norte, allende las montañas, hasta alcanzar incluso las tierras perdidas.

No hubo que esperar demasiado. En menos de dos semanas acudió él en presencia de Gray Alys.

—Puedo llevarte hasta aquello que buscas —le dijo—. Puedo encontrarte un hombre lobo.

Se trataba de un joven delgado y barbilampiño. Vestía el atuendo de cuero propio de los montaraces que vivían y cazaban en el ventoso desierto que se extendía más allá de las montañas. Su piel tenía el bronceado imborrable de quien se ha pasado la vida a la intemperie, a pesar de que su pelo era blanco como la nieve que cubre la montaña y le

caía sobre los hombros, enmarañado, descuidado. No llevaba armadura alguna, pero sí ceñía un cuchillo de hoja larga en lugar de espada, y se movía con una elegancia teñida por la cautela. Bajo los largos mechones de pelo blanco que se inclinaban sobre el rostro, los ojos eran oscuros y somnolientos. Aunque la sonrisa era franca y amistosa, había en él una curiosa indolencia, y un algo soñador y sensual en la forma en que cerraba los labios cuando creía que nadie le estaba mirando. Se hacía llamar Boyce.

Gray Alys lo observó, escuchando con atención sus palabras.

—¿Dónde? —preguntó finalmente.

—A una semana de viaje al norte —respondió Boyce—. En las tierras perdidas.

—¿Habitas tú en las tierras perdidas, Boyce? —le preguntó Gray Alys.

—No, no son un lugar adecuado para asentarse. Tengo casa aquí en la ciudad, pero voy a menudo a las montañas, Gray Alys, pues soy cazador. Conozco bien las tierras perdidas, y conozco las cosas que viven allí. Buscas un hombre que camina con la forma de un lobo. Puedo llevarte hasta él. Pero tenemos que partir de inmediato si queremos llegar antes de que reine la luna llena.

Gray Alys se levantó.

—Tengo el carro cargado, y los caballos cebados y herrados. Partamos pues.

Boyce se apartó de los ojos el pelo blanco y sonrió con desgana.

El paso montañoso era elevado, quebrado y rocoso, y en ciertos puntos apenas era lo bastante amplio para que pudiera pasar el carro de Gray Alys. El vehículo era un mamotreto, largo y pesado y totalmente cerrado, en tiempos pintado, pero el paso de los años y la acción del viento y la lluvia habían reducido la pintura a una ominosa tonalidad gris.

Circulaba sobre seis estruendosas ruedas de hierro, y los dos caballos que tiraban de él eran, por necesidad, monstruos que medían lo que un caballo y medio de los normales, a pesar de lo cual el carro avanzaba con lentitud por las montañas. Boyce, que no iba a caballo, caminaba junto al vehículo cuando no lo hacía al frente, y a veces junto a Gray Alys. El carro gemía y gruñía. Tardaron tres días en alcanzar el punto más elevado del camino, desde donde miraron a través de una hendidura en las montañas las desoladas y extensas llanuras de las tierras perdidas. Tardaron otras tres jornadas en descender por la otra cara.

—Ahora avanzaremos a mejor ritmo —prometió Boyce a Gray Alys cuando alcanzaron las tierras perdidas—. Aquí la tierra es llana y vacía, y la ida será fácil. Un día, puede que dos, y tendrás lo que buscas.

—Sí —dijo Gray Alys.

Llenaron los barriles de agua antes de abandonar las montañas, y Boyce salió de caza en los alrededores y regresó con tres liebres negras y la carcasa de un cervatillo, curiosamente deforme. Cuando Gray Alys le preguntó cómo se las había ingeniado para darles caza armado tan sólo con un cuchillo, Boyce sonrió, sacó una honda y lanzó unas piedras que cruzaron el aire con un silbido. Gray Alys asintió. Hicieron un fuego, al que pusieron dos de las liebres mientras salaban el resto de la carne. Al amanecer del día siguiente, se adentraron en las tierras perdidas.

Allí, en efecto, avanzaron a una velocidad considerable. Las tierras perdidas eran un territorio frío y abandonado, con un suelo tan compacto como los caminos que serpentean a través del imperio que se extiende allende las montañas. El carro rodaba con rigor entre el crujir y gruñir de las ruedas, balanceándose un poco de lado a lado a medida que avanzaba. En las tierras perdidas no hay bosques por los que atajar, ni ríos que cruzar. La desolación se mostraba ante ellos allá donde miraran, con aspecto de ser infinita. De vez en cuando veían un puñado de árboles de tronco